

te, el no poder entenderse por la ignorancia de sus respectivas lenguas y el no asemejarse en la manera de pensar y de sentir unos y otros, son causas que impiden la cooperación. Aun entre personas de la misma familia, ¡cuántas veces no proceden las disputas más que de errores en la interpretación de las palabras! Calcúlese qué causa tan poderosa de confusión y de antagonismo serán las diferencias parciales ó completas de lenguaje, secuela habitual de las diferencias de raza. Así también, los hombres que se diferencian mucho, por su naturaleza emocional ó por su naturaleza intelectual, son unos para otros motivos de asombro por la conducta mutuamente inesperada que observan, hecho que los viajeros han notado frecuentemente y que señala un nuevo obstáculo para la acción combinada. La diversidad de costumbres es también origen de disensiones. Cuando un pueblo hace uso de alimentos que otro rechaza con asco; cuando un animal, tenido por sagrado por unos, es, para otros, objeto de desprecio; cuando el uno espera una salutación que el otro no emplea jamás, hay causas continuas de aversión, que estorban la acción combinada. En igualdad de condiciones, la facilidad de la cooperación está en razón directa del sentimiento de fraternidad, y este sentimiento se encuentra contrariado por todo aquello que impide á los hombres conducirse de la misma manera en idénticas circunstancias. La cooperación de los factores originarios y derivados, que acabamos de enumerar, la expresa muy bien el siguiente pasaje, que tomamos de Grote: «Los helenos eran todos de la misma sangre y de la misma línea; descendían todos del mismo patriarca heleno. Al tratar de los griegos históricos, hay que aceptar este hecho como un dato, pues representa el sentimiento bajo la influen-

cia del cual se movían. Herodoto le coloca en primer término, como el principal de los cuatro vínculos que enlazaban las diversas partes de la sociedad helénica, á saber: 1.º, comunidad de sangre; 2.º, comunidad de idioma; 3.º, domicilios fijos de los dioses y sacrificios comunes á todos; 4.º, usos é inclinaciones semejantes.» La influencia que desde luego hemos reconocido á la semejanza de naturaleza, causada por la filiación común, supone que, faltando una semejanza considerable, los agregados políticos son inestables y no pueden conservarse más que gracias á una presión que tarde ó temprano tiene que debilitarse. Aunque hayan concurrido también muchas otras causas, no es dudoso que ésta ha contribuido á la disolución de los grandes imperios de pasados tiempos. Á ella se debe en gran parte, si no en primer lugar, la decadencia del imperio turco en nuestros días. El imperio angloindio, mantenido por la fuerza en equilibrio inestable, amenaza dar algún día, con su caída, un nuevo ejemplo de la falta de cohesión, que procede de carencia de afinidad entre los elementos sociales.

§ 451. Una de las leyes de la evolución en general exige que la integración se opere cuando unidades semejantes se hallan sometidas á la acción de la misma fuerza ó de fuerzas análogas (*Primeros principios*, § 169), y esta ley se comprueba, desde los primeros momentos de la integración política hasta el último. El hecho de hallarse expuestos juntamente á acciones exteriores uniformes y de oponer juntamente reacciones, ha sido desde un principio la causa principal de unión entre los miembros de las sociedades.

Hemos visto ya que el primer signo de cohesión social se manifiesta en la unión de reducidas herdas de hombres primitivos para luchar con enemigos. Expues-

tos al mismo peligro y uniéndose para hacerle frente, los miembros de la horda contraen una unión más íntima durante el curso de su cooperación contra el riesgo que les amenaza. En las primeras épocas, esta relación de causa á efecto se ve claramente cuando la unión formada para la guerra desaparece en cuanto la guerra termina; entonces el débil esbozo de combinación política que empezaba á dibujarse se borra. Pero los ejemplos más completos de esta integración se encuentran en la unión de grupos simples para formar grupos compuestos durante el curso de la resistencia opuesta en común á los enemigos y de los ataques dirigidos contra ellos. Se pueden añadir nuevas pruebas de esto á las que ya hemos alegado. Entre los kereenes, dice Masón, «cada aldea que forma una sociedad independiente tiene siempre una antigua cuenta que ajustar con casi todas las demás aldeas de su raza, pero el peligro común con que les amagan enemigos más poderosos ó la necesidad de tomar venganza de alguna ofensa común, impulsa con frecuencia á muchas aldeas á unirse para la defensa ó el ataque» (1). Según Kolben, «las débiles naciones de hotentotes, vecinas de un pueblo poderoso, forman frecuentemente alianzas ofensivas y defensivas contra la nación más fuerte» (2). Entre los naturales de Nueva Caledonia, en la isla de Tanna, «cinco ó seis aldeas, ó más, se unen y forman lo que se pudiera llamar un distrito ó un condado, ligándose entre sí para protegerse mutuamente. En tiempo de guerra dos ó más de estas aldeas se coligan» (3). En las islas Samoa, «ocho ó diez al-

(1) Masón, *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, XXXVII, II, 152.

(2) Kolben, *Present State of the Cape of Good Hope*.

(3) Rev. W. Turner, *Nineteen Sears in Polynesia*, 81.

deas se unen de común acuerdo y forman un distrito ó Estado para protegerse mutuamente» (1). Durante la guerra se unen á veces dos ó tres de estos distritos. Lo mismo hacían los pueblos históricos de la antigüedad. Durante las guerras de la época de David fué cuando los israelitas pasaron del estado de tribus separadas al de nación consolidada y dominadora (2). Las sociedades griegas dispersas, unidas ya en confederaciones pequeñas á consecuencia de guerras de poca importancia, se encontraron dispuestas á la unión en un congreso panhelénico y á la cooperación consiguiente, en el momento en que se vieron amenazadas por la invasión de Jerjes. Se formaron en seguida dos confederaciones, la de Esparta y la de Atenas, y esta última consiguió la hegemonía, y, finalmente, el imperio, en el curso de las operaciones militares contra los persas (3). Lo mismo ocurrió en la raza teutónica. Las tribus germánicas que, al principio, carecían de lazo federal, formaban de tiempo en tiempo alianzas para defenderse de los enemigos. En el periodo que media entre el primero y el quinto siglo, estas tribus fueron agrupándose para formar sociedades importantes, con el fin de resistir á Roma ó de atacarla. En el transcurso del siglo siguiente, las confederaciones militares de pueblos «de la misma sangre», prolongando su duración, se convirtieron en Estados, que se agregaron luego unos á otros, formando naciones mayores. Citando un ejemplo relativamente moderno, las guerras entre Francia é Inglaterra ayudaron á estos dos países á pasar del estado en que, los elementos feudales que las componían gozaban de una gran indepen-

(1) Rev. W. Turner, *Nineteen Sears in Polynesia*, 290.

(2) Dunker, *Geschichte der Alterthums*, Leipzig, 1863, II, 99.

(3) Grote, *History of Greece*, IV, 481, II, 159.

dencia, al de naciones consolidadas. Para mostrar mejor que así es como empieza la integración de sociedades pequeñas en una sociedad mayor, se puede añadir que, al principio, la unión no existe más que para realizar fines militares; cada una de las sociedades componentes conserva durante mucho tiempo su administración interior independiente, y sólo cuando se ha arraigado la costumbre de la acción combinada en las operaciones militares es cuando una organización política común viene á hacer permanente la cohesión. La combinación de sociedades pequeñas para constituir otras mayores, por efecto de la cooperación militar, se encuentra asegurada por la desaparición de las sociedades pequeñas que no cooperan entre sí. Barth observa que «los fulahes vencen siempre, por no tener delante un solo enemigo vigoroso, sino muchas tribus pequeñas, que no se encuentran unidas por lazo federal alguno» (1). Galton refiere que cuando «los namacuas hacen una *razzia* en una aldea de damaras, es raro que las aldeas vecinas se levanten para defenderla, así que los namacuas han destruido ó esclavizado á casi la mitad de la nación de los damaras» (2). Lo mismo puede decirse de las conquistas de los Incas en el Perú: «nada se hizo de consuno para oponerse á sus progresos; cada provincia defendió su territorio sin recibir auxilios de otra alguna» (3). Conviene mencionar estos hechos porque revisten una significación en que debemos insistir.

Vemos, en efecto, que en la lucha por la existencia entre las sociedades, la supervivencia de las más aptas se traduce en la de aquellas que han dado pruebas de

(1) Barth, *Travels and Discoveries*, II, 503.

(2) Galton, *Journal Royal Geographical Society*, 1852, 159.

(3) Ondegardo.

mayor aptitud para la cooperación militar, que es el género primitivo de cooperación y el que abre camino á las demás. De manera que la formación de grandes sociedades, por la unión de las pequeñas durante la guerra y la destrucción ó la absorción de las sociedades menores, que permanecen desunidas, por otras mayores que han llegado á la unión, son operaciones inevitables, por medio de las cuales las variedades humanas más aptas para la vida social suplantán á las menos aptas.

Sobre este proceso de la integración sólo tenemos que añadir una observación más, á saber: que sigue esta marcha necesariamente, comenzando por la formación de grupos simples y progresando por medio de la combinación y nueva combinación de estos grupos. Impulsivos en sus actos, poco capaces de proceder concertadamente, los salvajes presentan una cohesión social tan débil que sólo grupos pequeños de hombres pueden conservar su integridad. Para que estos cuerpos sociales puedan unirse, formando cuerpos mayores, es necesario que, previamente en cada uno de ellos, los individuos que le componen estén unidos por algún esbozo de organización política, pues la cohesión de dichos cuerpos implica mayor aptitud para la acción concertada y para un organismo más desarrollado que la realice. De igual manera, antes de que la combinación pueda avanzar, es indispensable que se hayan consolidado un tanto dichos grupos. Sin detenernos en ejemplo alguno de los numerosos que encontramos entre los salvajes, bastará con recordar los anteriores y añadir, para fortalecer su autoridad, ejemplos tomados de los pueblos históricos. Sabemos que en el primitivo Egipto las numerosas sociedades aisladas que allí existían y que acabaron por conver-

tirse en *nomos*, se unieron primeramente para formar dos Estados, el Alto Egipto y el Bajo Egipto, que después se fundieron en uno solo. En la Grecia antigua las aldeas se unieron á las ciudades antes de que éstas se unieran para formar Estados, y, por último, esta unión fué anterior á la de los Estados entre sí. En la antigua Inglaterra los principados sajones se agruparon para formar las divisiones de la heptarquía antes de pasar al estado de nación. Es un principio de física que la fuerza de resistencia de un cuerpo á los esfuerzos exteriores crece en razón directa del cuadrado de sus dimensiones mientras que los esfuerzos á que le condena su propio peso crecen en razón al cubo de sus dimensiones, de donde se infiere que la facultad de un cuerpo de conservar su integridad disminuye en proporción relativamente considerablemente á medida que aumenta su masa. En tanto que la cohesión es débil, sólo pueden permanecer unidos los grupos pequeños y luego sólo son posibles los grupos mayores cuando á las fuerzas mayores también que tienen que resistir les es dable oponer una cohesión proporcionada, que es el fruto de la adaptación de la naturaleza humana y del consiguiente desarrollo en la organización social.

§ 452. A medida que progresa la integración social, los grupos ejercen, al crecer, una coacción cada vez mayor sobre sus unidades, hecho correlativo del ya consignado de que, para conservar su integridad el grupo mayor, necesita de cohesión mayor también. Las fuerzas por virtud de las cuales conservan los grupos la unión de sus miembros, son al principio débiles, pero se fortalecen en cierta época de la evolución social y luego se aflojan ó más bien mudan de forma.

Primitivamente, el salvaje va de un grupo á otro, impulsado por diversos motivos, pero sobre todo por el de asegurarse protección. Los patagones no pueden vivir aislados. «El que lo intentara sería inevitablemente muerto ó reducido á la esclavitud, en cuanto se diera con él» (1). En la América del Norte, entre los chinukes, «reina en la costa una costumbre que permite capturar y reducir á la esclavitud á todo indio á quien se encuentre lejos de su tribu, aunque no se esté en guerra con ella, á menos de que los amigos del cautivo paguen su rescate» (2). En un principio, aunque el hombre necesita unirse á un grupo, no está obligado á permanecer unido al mismo. Los kalmucos y los mongoles abandonan á sus jefes cuando consideran opresiva la autoridad de éstos y se ponen bajo la protección de otros (3). «Los abipones, dice Dobrizhoffer, abandonan á su jefe sin pedirle permiso y, sin que él se enoje por ello, se van con su familia adonde les parece. Se unen á un nuevo cacique y, cuando están cansados de permanecer bajo su potestad, vuelven impunemente á la horda del primero» (4). Asimismo, en el Africa del Sur «los ejemplos frecuentes (entre los balondas) de traslaciones de una parte á otra del país, prueban que los grandes jefes poseen una autoridad muy liminada» (5). Mac Culloch observa que, entre los kukis, «una aldea rodeada de una gran extensión de tierra cultivable y regada por un jefe popular, no tarda en engrandecerse por la llegada

(1) Falker, *Description of Patagonia*, 121.

(2) Kane, *Wanderings of an artist among Indians of North America*, Londres, 1859, 214.

(3) Pallas, *Voyages in différentes provinces de l'Empire de Russie*, I, 188.

(4) Dobrizhoffer, II, 105.

(5) Livingstone, *South Africa*, 208.

de emigrantes que abandonan aldeas menos favorecidas por la suerte» (1). De esta manera se engrandecen ciertas tribus y decaen otras.

A la necesidad que obliga al individuo á buscar protección, se une la que impulsa á la tribu á fortalecerse y la costumbre de la adopción, que de esto se origina, crea otra nueva forma de integración. En algunas tribus indias de la América del Norte, «la adopción ó el tormento es la alternativa que se ofrece al prisionero» (siendo la adopción la suerte reservada al cautivo que se ha hecho admirar por su valentía). Este es un nuevo ejemplo de la tendencia de toda sociedad á crecer á costa de otras. El deseo de tener muchos hijos que fortalezcan la familia, deseo revelado en las tradiciones hebraicas, se transforma prontamente en el deseo de tener hijos ficticios, realizado, ya por los contratos de hermandad, sellados con el trueque de sangre, ya por medio de nacimientos simulados. Hay razones para creer que la costumbre de la adopción, entre los griegos y romanos, tuvo origen en las remotas épocas en que el grupo patriarcal nómada constituía la tribu, que experimentaba el deseo de fortalecerse; pero esta costumbre se conservó en tiempos posteriores, merced al afán de dejar alguien que continuara ofreciendo los sacrificios á los antepasados. Mucho tiempo después de haberse formado las grandes sociedades por la unión de los grupos patriarcales, continuaron las disputas entre las familias y los clanes componentes, lo cual demuestra que, estas familias y estos clanes, no abandonaron nunca el deseo de aumentar su fuerza por el crecimiento del número de sus individuos.

(1) M. Culloch, *Selections from Records of Government of India*, XXVII, 58.

Motivos análogos produjeron resultados semejantes en el seno de sociedades más modernas y en épocas en que, la integración de sus elementos era tan imperfecta, que subsistía entre ellos algún antagonismo. En la Edad Media, cuando el gobierno local se hallaba, en Inglaterra, tan incompletamente subordinado al poder central, todo hombre libre debía unirse á un señor, á una ciudad ó á un gremio, sin lo cual era «un hombre sin amigos», expuesto al mismo peligro que el salvaje que no pertenece á tribu alguna. Por otra parte, la ley, según la cual «el señor no podía reclamar al siervo que había vivido durante un año y un día en un burgo ó municipio libre», demuestra el deseo de los grupos industriales de fortificarse contra los grupos feudales que les rodeaban, hecho análogo al de la adopción en la tribu salvaje y en la familia, tal como existió en las sociedades más antiguas. Naturalmente, á medida que es mayor la integración de la nación entera, estas integraciones locales pierden el carácter que las separa y sus divisiones se borran, á pesar de lo cual dejan huellas durante mucho tiempo, como se ve en Inglaterra, donde las hallamos en la ley del domicilio, y hasta 1824 las hubo en las leyes referentes á la libertad de viajar, dictadas para los artesanos (1).

Estos hechos nos obligan á reconocer que si, al principio, hay poca cohesión entre las unidades que forman el grupo, y si estas unidades son móviles en alto grado, el progreso de la integración va acompañado habitualmente, no sólo de una disminución de la aptitud de las unidades para pasar de un grupo á otro, sino

(1) John Hill Burton, *History of Scotland from Agricola's Invasion to the Revolution of 1688*. Edimburgo, 1867, II, 153. Haniet Martineau, *History of England during the Thirty Years Peace, 1349*, I, 343.

también de una disminución de la aptitud de estas mismas unidades para mudar de sitio en el interior del grupo. El paso del estado nómada al estado sedentario implica, en parte, esta disminución de aptitud, puesto que el individuo se encuentra cada vez más estrechamente ligado por sus intereses materiales. La esclavitud produce también la adhesión de individuos á miembros de la sociedad, fijos en un lugar determinado, y, por consiguiente, á cierta parte del suelo; el mismo resultado la servidumbre produjo con algunas diferencias. Pero en las sociedades *integradas* no son solamente los esclavos los que se encuentran adheridos á cierto lugar, sino también las demás personas. Los antiguos mejicanos, según Zurita, «no mudaban jamás de aldea, ni siquiera de barrio, y esta costumbre imponía su autoridad como hubiera podido hacerlo una ley» (1). En el antiguo Perú, «no era lícito á persona alguna alejarse de una provincia ó una aldea para ir á otra» y «quien quiera que viajase sin justa causa era castigado como vagabundo» (2). En otras partes, con el desarrollo del tipo militar que adquirió la sociedad, las restricciones impuestas á los cambios de residencia tomaron distintas formas. El antiguo Egipto poseía un sistema de censo, y todos los ciudadanos tenían que presentarse en épocas fijas á las autoridades locales. «En el Japón todo el mundo está matriculado en el censo, y nadie puede variar su residencia sin que el *nanuchi* ó jefe del templo le dé un certificado.» Por último, en los pueblos de Europa en que subsiste el gobierno despótico, el requisito del pasaporte embaraza á los ciudadanos que quieren trasladarse de

(1) Zurita, traducción de Ternaux Compans, 240.

(2) Garcilaso de la Vega L. IV c. 8, L. V c. 9.

un punto á otro, y, en ciertos casos, les impide viajar por países extranjeros.

Desde este punto de vista, como desde otros, las restricciones que el agregado social impone á sus unidades se atenúan á medida que el régimen industrial se sobrepone al régimen militar, en parte, porque las sociedades caracterizadas por el industrialismo son muy populosas y tienen miembros de sobra que ocupen el lugar de aquellos que las abandonan, y en parte, también, porque no existiendo en el régimen industrial la opresión característica del régimen militar, los intereses pecuniarios, los lazos de la familia y el amor á la patria producen una cohesión suficiente.

§ 453. En resumen, prescindiendo ahora de la evolución política que se revela en el crecimiento de la estructura, y limitándonos á aquella evolución política manifestada en el crecimiento de la masa, podemos sentar las siguientes conclusiones.

Mientras los grupos son pequeños, la incorporación de materiales destinados al crecimiento se hace á costa de otros grupos en pequeña escala; los medios que se ponen en práctica son la ocupación del territorio de caza de otra horda, el rapto de mujeres y, de tiempo en tiempo, la adopción de hombres. Cuando se forman grandes sociedades, la incorporación se hace por medios de mayor alcance: primero la reducción á la esclavitud de los individuos aislados que se arrebatan á las tribus vencidas y en seguida la anexión en masa de estas tribus. A medida que los grupos compuestos pasan al estado de doble ó triplemente compuestos, se desarrollan los deseos de absorber á las sociedades comarcanas más pequeñas y de formar por este medio sociedades todavía mayores.

Diversas condiciones favorecen ó estorban el creci-

miento y la consolidación sociales. El territorio de una sociedad es propio ó impropio para mantener á una población numerosa; las facilidades mayores ó menores de las comunicaciones en el interior del territorio ayudan á la corporación ó la entorpecen; según existan ó no barreras naturales, es fácil ó difícil mantener á los individuos sujetos á la coacción, necesaria en los orígenes de la vida social. Por último, según el carácter determinado por los antecedentes de la raza, los individuos poseen en mayor ó menor grado las cualidades físicas, emocionales é intelectuales que les hacen aptos para la acción combinada.

Si, por una parte, la extensión que puede alcanzar en cada caso la integración social depende de estas condiciones, depende también, por otra parte, de la mayor ó menor semejanza entre las unidades. Al principio, cuando la naturaleza del hombre está todavía tan poco amoldada á la vida social que la cohesión es débil, la agregación depende grandemente de los lazos de la sangre, que suponen considerable semejanza. Los grupos en los cuales son más marcados estos vínculos y es mayor la armonía que de ellos resulta y que, poseyendo tradiciones de familia comunes, un antepasado masculino común y un culto común á este antepasado, son, por consiguiente, semejantes en las ideas y en los sentimientos, estos grupos son los que dan origen á la cohesión social y al poder de cooperación mayores. Los clanes y las tribus que descienden de estos grupos patriarcales, conservan durante mucho tiempo su concierto político, gracias á este vínculo de parentesco y á la semejanza que supone. Sólo cuando la adaptación á la vida social ha hecho progresos considerables es posible una cooperación armónica entre individuos que no proceden del mismo tronco, y aún en este caso es

preciso que la desemejanza de su naturaleza sea pequeña. Cuando es grande, la sociedad, sostenida únicamente por la fuerza, tiende á disgregarse en cuanto ésta cede.

La semejanza de las unidades que forman un grupo social es, como hemos visto, un requisito de su integración; otro requisito es la reacción combinada de estas unidades contra la acción externa; la cooperación en la guerra es la causa activa de la integración social. La unión pasajera de los salvajes para la ofensiva y la defensiva señala la primera fase. Cuando muchas tribus se unen contra un enemigo común, á fuerza de continuar obrando de consuno, acaban por formar un agregado coherente sometido á una autoridad común. Lo mismo sucede luego con los agregados mayores.

El progreso en la integración social es, á la vez, una causa y una consecuencia de la disminución creciente de la aptitud de las unidades para separarse. Las hordas nómadas primitivas no ejercen sobre sus miembros una autoridad capaz de impedirlos separarse individualmente de la tribu y unirse á otra según su deseo. Cuando las tribus se desarrollan es menos fácil para el individuo desertar de una y conseguir que se le admita en otra y, durante los largos períodos en los cuales se han engrandecido y consolidado las sociedades bajo el régimen militar, la movilidad de las unidades sufre restricciones cada vez mayores. Estas restricciones sólo desaparecen cuando la cooperación obligatoria ha sido reemplazada por la cooperación voluntaria, sustitución que caracteriza al progreso del régimen industrial; en las sociedades en que esto ocurre, la unión espontánea desempeña el mismo papel que la unión obligatoria en las otras.

Falta consignar otro hecho. La integración política, á medida que avanza, va borrando las divisiones primitivas de las partes componentes de la sociedad. En primer término, desaparecen lentamente las divisiones que no tienen carácter topográfico y que provienen del parentesco, verbigracia, las que existen entre las diferentes *gentes* y tribus, y que se borran por la mezcla de unas con otras. En segundo lugar, las sociedades locales más pequeñas, cuya unión forma una sociedad mayor, y que conservan al principio su organización separada, la pierden por efecto de una larga cooperación, comenzando á propagarse por todas las partes una organización común. En tercer lugar, los límites topográficos se borran, siendo reemplazados por las nuevas demarcaciones administrativas que la organización común establece. Prodúcese también, naturalmente, un hecho inverso, á saber: que en el proceso de la disolución social los grandes grupos son los que primero se separan, y si la disolución continúa se disgregan á su vez, resolviéndose en sus grupos constituyentes más pequeños. Los antiguos imperios que sucesivamente se formaron en Oriente son prueba de esto; los reinos que los componían recobraban su independencia tan luego como el poder que los mantenía unidos se debilitaba. El imperio carlovingio nos ofrece otro ejemplo, pues se dividió primeramente en grandes reinos, que no tardaron en subdividirse. Cuando la disolución va muy lejos, como ocurrió en el último de estos casos, reaparece un estado, semejante al primitivo, en el cual se entregan las sociedades pequeñas á las depredaciones, viviendo en continua guerra con los grupos cercanos.

## CAPÍTULO IV

### Diferenciación política.

§ 454. Como hemos visto en los *Primeros principios* (§ 154), el estado de homogeneidad es inestable, así en el agregado social como en cualquier otro, y la heterogeneidad, desde el instante en que aparece, tiende á hacerse mayor.

Sin embargo, para que cese la homogeneidad, ó, mejor dicho, para que aumente la heterogeneidad rudimentaria que de ordinario existe, se requiere que las partes del agregado estén sometidas á condiciones heterogéneas. Todo aquello que dificulta el que surjan diferencias en las condiciones, impide el crecimiento de la heterogeneidad. No conviene, por ejemplo, que se verifiquen continuos cambios en la disposición de las partes, pues no podrían producirse diferencias en la estructura si las partes cambiaran á cada paso de posición respecto del conjunto. Por el contrario, se necesita que entre aquéllas exista una cohesión tal que dificulte estas mudanzas.

Los organismos individuales más sencillos nos ofrecen ejemplos de esta verdad. Un rizópodo inferior, cuya substancia presenta casi la movilidad de los líquidos, permanece homogéneo, porque cada una de sus partes se coloca continuamente en nuevas relaciones